

Damos la vida junto a Él Entrada espiritual

Ofrecer la vida con el Hijo

El centro y el corazón del carisma de la Red Mundial de Oración del Papa es la disponibilidad apostólica a la misión de compasión de Jesús por el mundo. Es la actitud del corazón de ofrenda total de mi vida con todo lo que soy y tengo uniéndome a Cristo para su misión, por el Reino de Dios. Es la completa disponibilidad, sin reservas con el deseo profundo de unirme a Jesucristo a su Corazón para que Él disponga en favor de su reino. Esta disponibilidad acompaña todo mi día, y lo impregna todo. Es así que la oración de ofrecimiento es por la que nos ofrecemos al Padre, nos hacemos disponibles a su misión de compasión. En esta oración quedan unidas la mística y la acción, el Corazón de Jesús y la misión. En ella le decimos al Padre "Aquí estoy" con todo mi ser, con toda mi vida, con el deseo de unirme al ofrecimiento de sí mismo, del Hijo al Padre, para ser hijos con Él en la misión de compasión.

No es sólo ofrecer nuestros trabajos del día sino todo nuestro ser, la disposición interior a ser apóstoles en la misión de compasión por el mundo. ¿Pero cuál es esa misión en la Red de Oración del Papa? ¿Cuál es el lugar de encarnación de esa misión en este tiempo para los que participan de esta Red de Oración? No es otro que los desafíos de la humanidad y de la misión de la Iglesia, expresados por las intenciones de oración del Papa, que son doce claves para nuestra misión. Ese es el lugar concreto donde se encarna la misión, donde el Señor nos invita. Orar y movilizar nuestras vidas por necesidades concretas de hombres y mujeres de este mundo. Así, en la oración de ofrecimiento le decimos al Señor que somos y estamos completamente para Él para esta misión que nos ha confiado y que se nos concreta, y es lugar de encarnación en las intenciones de oración del Papa.

Así, somos colaboradores de la misión de Cristo. Nos hacemos eucaristía con Jesucristo, en unión con Él y disponibles a su misión. Él nos hace pan partido para los hermanos por nuestra disponibilidad y su acción. El Señor nos invita a esta total disponibilidad para hacer de nuestra vida una eucaristía con Él.

Vivir eucarísticamente es vivir disponibles a Cristo, a su misión con todo lo que somos y tenemos para colaborar con Él en su misión de compasión, en favor de nuestros hermanos.

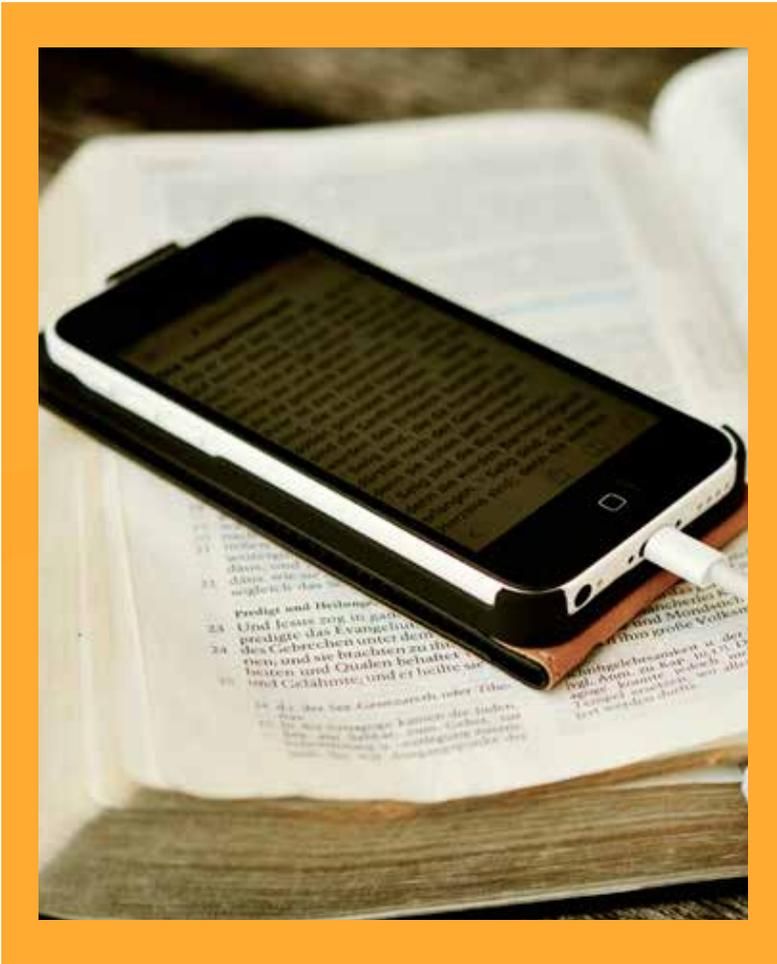
Mi vida una permanente Eucaristía

Al decir Eucaristía estamos evocando dos gestos de Jesús en las vísperas del momento más oscuro de su vida terrena: Su cena, es decir, la cena del Señor y, la fracción del pan.

Dos gestos que se inscriben en el mayor gesto de entrega hecho nunca jamás: la entrega de Jesucristo voluntariamente aceptada por amor a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos sin condiciones. Por eso cuando nos reunimos en la Eucaristía lo hacemos para celebrar la cena del Señor y para partir y compartir el pan, esto es la misa.

Aunque hoy cueste comprenderlo, por la dinámica social y el desarrollo propio de la historia, la Eucaristía no es una acción de culto sino la fuente de transformación de las relaciones humanas. Es una mesa compartida entre amigos, misa quiere decir "despedida", y Eucaristía "acción de gracias". La mesa compartida de la Cena del Señor fue organizada por Él, una mesa en la que Jesús, el Señor, comparte con sus servidores, el Maestro sentado y compartiendo la mesa con sus discípulos. Hecho nada corriente en tiempos de Jesús, en el que los esclavos y sirvientes no compartían la mesa con su Señor. Además, fue para sus discípulos un acto de esperanza pues una cena compartida es una celebración, es así una despedida en medio de un momento oscuro y un acto de esperanza, una celebración.

Dos cosas nos dicen los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas que hace Jesús en esa cena. Parte el pan y lo pasa, parte el pan y lo comparte con sus amigos. Este gesto tiene el sentido de compartir la necesidad. El pan es alimento y al partir y pasarlo compartimos las necesidades los unos y los otros.



Se parte el alimento y se comparte la necesidad. Luego Jesús pasa la copa, tiene el sentido de comunicar la alegría, el vino es alegría y todos comparten de la misma copa que Jesús da por la que comunica Su alegría.

Y luego les dice que cada vez que hagan estos gestos Él estará ahí, con ellos, con nosotros. Pues "esto es mi cuerpo", les dice, que, en la cultura semita, a la que Jesús y sus amigos pertenecían, tiene el sentido de decirles "esta es mi persona" por eso mi persona estará siempre con ustedes. Esta es mi sangre, les dice, que significa esta es mi vida entregada. Pues entonces les dice Jesús y nos dice a nosotros cada vez en este memorial, ***"en Mi Cena, al partir y compartir el pan compartimos la necesidad, al beber todos de la misma copa de vino se comunica Mi alegría; por eso, cada vez que hagan esto sepan que mi persona estará con ustedes Yo estaré con ustedes en persona, y toda mi vida entregada, allí donde estos gestos se hagan"***.

El cuerpo que compartimos es el cuerpo y la persona del Resucitado, el Cristo con sus llagas que se apareció a los discípulos

encerrados de miedo y pescando frustrados aquella noche en el lago de Genesareth. Debemos recuperar el sentido de la celebración eucarística, entrando en profundidad en el sentido que el Señor ha impreso en ellos.

El cuerpo que compartimos es el cuerpo y la persona del Resucitado, el Cristo con sus llagas que se apareció a los discípulos encerrados de miedo y pescando frustrados aquella noche en el lago de Genesareth. Debemos recuperar el sentido de la celebración eucarística, entrando en profundidad en el sentido que el Señor ha impreso en ellos.

Nos dice San Pablo en su carta a los Corintios que al participar todos del mismo pan partido y compartido, que es la persona de Cristo, todos somos uno en Él. (Primera Carta a los Corintios cap. 10, 17). Y este hecho es acontecimiento e invitación, don y tarea, gracia y trabajo. Somos uno porque Él nos hace uno y también debemos ir haciendo que todos seamos uno en la concreta transformación de nuestras relaciones cada día. Por eso, la Eucaristía, el pan partido y compartido y la copa común es la fuente de transformación de nuestras relaciones, con los otros y con nosotros mismos. Sin esa transformación trabajada diariamente en la vida cotidiana, la Eucaristía pierde su sentido.

La Eucaristía debe ser un lugar de transformación de las relaciones humanas. La Iglesia es Eucaristía y la Eucaristía Iglesia, por eso la Iglesia debe ser el lugar donde se transforman las relaciones humanas. San Pablo nos dice que, si al sentarnos a la mesa del Señor unos están hartos y otros hambrientos hemos perdido el sentido, pues la cena es la transformación de las relaciones humanas en donde compartimos las necesidades y nos comunicamos Su alegría. Si en la Eucaristía no hay transformación de las relaciones humanas no hay celebración de la cena del Señor. (Primera Carta a los Corintios cap. 11, 20-21).

Decimos que, en la Eucaristía celebramos la Vida del Señor entregada hasta la muerte. Agradecemos el pasado y anunciamos el futuro. Pasado en el que se nos ha regalado, se nos hace don, la fuente en la que las relaciones humanas fueron transformadas y el futuro en el que las relaciones se irán transformando con nuestra acogida a la gracia y nuestra tarea.

No acogemos la gracia de la Eucaristía y la celebración de la misa “asistiendo y participando” solamente, sólo habrá Eucaristía si hay transformación de las relaciones humanas.

